

LA NOSTALGIA¹ (IN MEMORIAM)

Elkin Javier Calle Cortés²

«...Calle arriba, calle abajo nos fuimos por la vida, levantamos nuestro vuelo y entristecimos de pronto como un viaje, enterrando lámparas en la profunda soledad de los caminos...»

[Pablo Neruda]

Hurgando en los rincones de la memoria podemos ver como se echan a volar nuestros recuerdos en bandada. Al final,

- 1 El autor, hermano de Fredy Calle, diagramador de nuestra revista “Heurística”, lamentablemente falleció el 21/01/2021. Publicamos este fragmento de su obra inédita: “Retrato de Familia, 2020”, como un homenaje póstumo a su gran labor periodística y a su enorme colaboración en el diseño gráfico nacional y en general su valioso aporte a la literatura colombo-venezolana.
- 2 Licenciado en Comunicación Social, Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario “Dr. Pedro Rincón Gutiérrez”, San Cristóbal, Táchira, Venezuela. [1992-1997]. Nació en Medellín, Colombia, en 1967. En 1977 emigró junto a su familia a Venezuela, donde reside. Dejó sin concluir una inicial carrera como Analista de Sistemas e incurrió en la actuación con el Teatro Estudio de Cámara. Ha desarrollado producciones radiofónicas de distinto formato, abarcando desde la música concreta y electrónica hasta la música afroamericana, la bossa nova y el son cubano. A partir de 1994 integra el colectivo *Andando América*, dedicado a apoyar la difusión de la música popular y folklórica de Latinoamérica y del mundo. Formado en el campo de la comunicación visual y el diseño, se ha desempeñado también como artista plástico realizando diversas exposiciones individuales y colectivas. Desde 1992 ha publicado artículos periodísticos, ensayos sobre apreciación y creación literaria así como piezas de narrativa breve en diarios y revistas de circulación local y nacional. Es redactor bilingüe desde el año 1995 para la Revista *Rotaria*, publicación oficial de Rotary International con circulación en trece países de Centro y Suramérica, donde ha podido alternar el diseño en medios impresos (así como el diseño digital) con un estilo periodístico de visión internacional. En el 2007 obtuvo el primer lugar en la VIII edición del Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia (Colombia), con la obra “La muerte y otros relatos”.



sin embargo, incapaces de hacer algo con ellos o a partir de ellos, nos quedamos simplemente contemplándonos, nada más. Entonces se empieza a percibir, con mediano asomo de certeza, el mar de pequeñas memorias que han ido configurando esta tristeza de ahora. Por primera vez nos damos cuenta de ciertas cosas, nos damos cuenta –por ejemplo– de que el arroyo de la finca solía poner en el aire tibio de la infancia una música fresca y reconfortante, una brisa acaramelada, dulce como el minisigüí, el cofío y las velitas. Por primera vez entendemos que el verde desatado de los cañaverales, el frescor de los cafetales y el suave ondular de los maizales acariciados por el viento de la tarde, eran un eterno anuncio de esperanza y que los paseos al río eran, sin duda, mucho más que simples tardes de jolgorio, parva, chocolate y natilla con canela. Empezamos a sentir –como nunca antes– el paso del tiempo, la distancia, las ausencias y es así que descubrimos, después de tantos años, que el corazón se nos ha ido enredando en el hilo sin fin de la nostalgia. Adentro el alma se entristece y sin saber

por qué empiezan a faltarnos las palabras, las necesarias para nombrar aquellos ecos venidos de otro tiempo. Nos agitamos y de pronto queremos evocarlo todo en un segundo, pero cada nuevo segundo que pasa nos va señalando olvido y acabamos por perder las esperanzas. Desolados, nos instalamos otra vez en el silencio y aceptamos sin pausa ni sosiego nuestra vida de ahora, nuestra existencia de adultos, la atropellada rutina, la monotonía, el paso de las horas, el día a día. Pero algo nos cambia siempre, en el fondo sentimos que algo ha empezado a cambiar cuando descubrimos que ser niños fue, sin duda, lo más dulce, lo más lindo, lo más tierno; lo mejor que nos pudo pasar.

Hoy, la casa de nuestra primera infancia es apenas una imagen, como una postal de otro tiempo –tiempos muertos, olvidados– adornada de historias que se desvanecen en el silencio de unos días que no están ya, que ya no volverán. Sin embargo, a veces, como escapado del sueño, el recuerdo de aquella casa viene y nos asalta de pronto con la certeza y la vivacidad de sus colores, con la contundencia que tienen las cosas que fueron, lo que alguna vez existió y fue escenario de aquellos momentos de ingenua felicidad, una felicidad pequeña y remota. Entonces, sin apenas darnos cuenta, acabamos recorriendo, alegres y desnudos, con una brizna de risa iluminándonos el rostro, la luz y los aromas de aquella casa primera. Los días de nuestra infancia, que creíamos perdidos, por un momento vuelven a ser, regresan alegrando con sus ruidos aquellos rincones queridos, el escenario de nuestros primeros años. Al amparo de estas memorias, de estos recuerdos minúsculos, vuelven a renacer el patio y los naranjos que todas las tardes se iluminaban de azahares, el lánguido fervor de los rosales, el tibio crepitar de los fogones y el vuelo nostálgico de las golondrinas que llegaban para anidar en los aleros. Vuelven, como voces de un tiempo sin retorno, para encendernos en el

alma, entre nostalgias, los anhelos de antes, los sueños aciagos, la modesta vislumbre de lo que aspirábamos ser y que no fuimos.

Alimentándonos de recuerdos, vamos desenterrando aromas, sonidos, colores, y partimos, atajándole el paso a la tristeza, en la búsqueda de aquel remoto jardín donde, de niños, dejamos, sobre la tierra viva, el torpe vestigio de nuestros primeros pasos por aquellas rutas, aquellos remedos de camino, los mismos que nos traerían hasta estos tiempos de desconcierto y caos que hoy vivimos, que hoy sufrimos, tiempos en los que, en virtud de un dolor que nos fue creciendo al filo de la sangre, marchamos a cobrarle nuestros muertos a la vida. Con los corazones animados por una minúscula chispa de esperanza, liberamos de tristezas aquella casa de la infancia y le abrimos las ventanas dejando que un sol nuevo entre para iluminarle las entrañas, devolviéndole el color a las paredes, perfumando las estancias, permitiéndole que otra vez respire y florezca luminosa como fue, como debió haber sido siempre...

Los recuerdos nos acometen de este modo, suelen ser así, desordenados y caóticos, en apariencia incoherentes e incoherentes, por eso cuando recuerdo el pueblo de mi infancia, uno de aquellos pueblos, siempre recuerdo a Amalfi, y en Amalfi aquella casa grande, la casa propiedad de las hermanas Sanabria que tenía en el centro un patio enorme y un surtidor de lluvia, una fuente de mosaicos verdes y amarillos que alguna vez usamos como alberca. También recuerdo a Yolanda –una adolescente a quien sus padres, hacendados, trajeron al pueblo a estudiar y se estuvo alojando en nuestra casa– y, en las vacaciones, los paseos a la finca de los padres de Yolanda, el recorrido por aquellos paisajes empinados, siempre en descenso, con ardillas y altas palmeras de chontaduro. Recuerdo a Doña Francisca, Kika, la dulce viejita solitaria en su casa de tapia y bahareque, aquella casita

detenida en el tiempo, rodeada de geranios, helechos y begonias, envuelta en un eterno aroma de los dulces de panela que solía preparar. Recuerdo al profesor Puerta y a los muchachos de tercero de primaria en la Escuela de Varones, una escuela muy amplia y bonita, con dos patios y una alberca, y también recuerdo La Concentración de Quintos, el Instituto Departamental de Enseñanza Media y al profesor Patiño.

Recuerdo a Doña Anita, el día de nuestra Primera Comunión y a Gelo –tal vez se llamaba Ángel– contándonos historias del muan por entre los postigos de las ventanas de aquella casa de puertas y ventanas verdes, con un rosal en el patio y un enorme solar. Recuerdo a la familia Correa y a su bisabuela de 113 años. Recuerdo a Guaya-bitos, aquella quebrada entonces tan limpia que se descolgaba de la montaña –donde recolectábamos bejucos– haciendo en su recorrido pozos de aguas cristalinas llamados El Colombia, Las Olletas, y otros cuyos nombres se han perdido. Recuerdo la finca Naranjitos, en la ruta a Portachuelo, los nidos de gulungos, las guacas, Sabana Larga, un cementerio indígena, las molien-das, Don Horacio, La Zarca –una yegua de ojos claros como dos pocitos de agua azul de mediodía– y a Pepita, nuestra perra.

Recuerdo los meses de julio, los días en que había más viento y las cometas que elevábamos entonces. Recuerdo las cuevas –laberintos subterráneos excavados por indígenas del lugar doblegados por el látigo del amo español– en especial aquel orificio que se hundía en la profundidad y al que nombraban La Galería; recuerdo el miedo y la aventura que significaron para nosotros, a tan corta edad, aquellos atrevidos descensos a las entrañas de la Tierra por debajo de la colina de El Calvario. Frente a la iglesia del pueblo, al fondo, recuerdo que la calle se empinaba y subía un cerro desde cuya cima la imagen de la Inmaculada Concepción divisaba el pueblo, abarcándolo con

su mirada bondadosa y protectora. Abajo, la emisora local, la Voz de Amalfí, reproducía por los altoparlantes del campanario guabinas y bambucos, eventualmente algún bolero y uno que otro tango.

Vienen a mi memoria las revistas de historietas que leíamos entonces: Arandú, El Llanero Solitario, Kalimán... las aventuras de Kalimán y Solín, la Esmeralda Romanoff, el Conde Bartok y los rosarios que teníamos que rezar –siempre, todos los días– antes de entrar al aula de clases, en el patio de la escuela donde, a la hora del recreo, un compañero nuestro –de lentes, flaco y descalzo– vendía cofio y minisigüí en porciones de 20 y 10 centavos. Recuerdo a un muchacho al que le decían El Gato y otro apodado El Diablo, compañeros de aula en tercero de primaria. Recuerdo el Jardín Clarita y la Semana Santa, los buses de Coopetrán, los viajes a Medellín, el chicle y los mareos.

Recuerdo el Segundo Festival de la Canción del Magisterio del Nordeste Antioqueño, a nuestro padre cantando “Memorias de una vieja canción”, el hermoso tema de Horacio Guaraní –fuera de competencia– y a la «bruja pestilente» –una de las participantes, maestra fea, rubia y despeinada– quien acabó haciendo un berrinche al no obtener el primer lugar en el concurso. Recuerdo “Las acacias”, el tema ganador, cantado esa vez por no sabemos quién. Recuerdo a Sandra, la hija de Doña Celina y a la prima de Sandra y a Guiller, Guillermo, mi hermano mayor, compartiendo un tierno beso de adolescentes detrás de la tapia del patio de aquella casa de verdes puertas y ventanas. Recuerdo, en esa casa, los fogones a carbón, las arepas de maíz pilado y el bolo hecho con los frijoles de ayer y cebollita picada, el rosal del patio, las cargas de panela que llegaban desde la finca, las tablas de multiplicar, en especial la del siete, la del ocho y, bueno, también la del nueve. Recuerdo a Fredy, hermano menor

—me sigue en edad— entrando a kínder y de inmediato trasladado a primer grado y unas semanas después a segundo grado, acomodándose a mi lado desde entonces, alcanzándome en poco menos de un año. Recuerdo la Cooperativa de Ahorro Popular, la oficina de correos, el cine y las crispetas que comíamos viendo «Crepúsculo de águilas» en blanco y negro en un galpón con bancas de madera, incómodos asientos sin espaldar.

Y recuerdo también una tarde atravesando en silencio la plaza del pueblo de la mano de Ana Lucía Palomino —sonrisita tímida de seis años— mi primera novia, aunque de este romance ella aún no se ha enterado. En fin, y nada más. Sólo eso me ha quedado de aquel tiempo, ninguna otra cosa he podido rescatar, aunque, claro, también están esos otros recuerdos, los que más duelen, los que aún hoy nos siguen doliendo.



En la foto podemos apreciar, de izquierda a derecha a: Guillermo Iván (hermano); Iván Calle Guerra (padre); Alex Darío (en brazos del padre); Elkin Javier (el autor); Fredy Nelson (hermano); María Cémida Cortés (madre), Juan Fernando (hermano). Hermosa foto familiar tomada durante la primera comunión de los hermanos mayores del autor, en 1973, en la iglesia principal de la población de Liborina, Antioquia, Colombia.